

Oscar García

Sobre Horacio Castellanos Moya. *El diablo en el espejo*, de María del Carmen Caña Jiménez y Vinodh Venkatesh

Göteborgs Universitet, Suecia

oscar.garcia@sprak.gu.se

La antología crítica *Horacio Castellanos Moya. El diablo en el espejo* (Valencia: Albatros Ediciones, 2016) reúne diez interesantes ensayos sobre la obra narrativa de Horacio Castellanos Moya, precedidos por una introducción, a cargo de los editores María del Carmen Caña Jiménez y Vinodh Venkatesh, ambos profesores de la Universidad de Virginia en Estados Unidos, y un ensayo en el que el escritor guatemalteco Méndez Vides traza la trayectoria literaria de su colega. El volumen cierra con un “Epílogo” en el que se incluye el discurso de aceptación del Premio Iberoamericano de Narrativa Manuel Rojas que le fue concedido al autor en Chile en 2014. Castellanos Moya nació en Honduras, en 1957, y en su vida adulta ha pasado largas temporadas en diferentes países, sobre todo en México, pero vivió su infancia y juventud en El Salvador y no hay duda de que este convulsionado país ha sido desde el comienzo el referente principal de su obra. Como apunta Méndez Vides, Castellanos Moya optó temprano por “convertir a San Salvador en el centro de su narrativa” (22).

Con este volumen, los editores se proponen presentar nuevas perspectivas sobre la producción literaria de Castellanos Moya, por lo que, aparte de novedosos estudios sobre las novelas “archiconocidas” (12), como *El asco. Thomas Bernhard en San Salvador* (1997) e *Insensatez* (2004), también se incluyen varios análisis de las que por el momento han sido menos estudiadas. Algunos artículos se ocupan específicamente de una o dos novelas, mientras otros miran la narrativa de Castellanos Moya de forma más panorámica. En

conjunto, el lector de la antología tiene una visión bastante completa de la obra y de las preocupaciones esenciales del autor.

En siete de los diez artículos se hace referencia a la “estética del cinismo”, el concepto con el que la investigadora Beatriz Cortez definió parte de la literatura centroamericana de posguerra en un temprano e importante análisis, y también resulta un tanto recurrente la mención del escritor chileno Roberto Bolaño, que de varias maneras es relacionado con el autor que nos ocupa. Asimismo, se mencionan los aportes de varios críticos al estudio de esta obra narrativa que, como toda obra de ficción, sigue abierta a la interpretación.

Tal como se señala en varios de los ensayos, las novelas de Castellanos Moya están interrelacionadas. Cualquier lector atento se dará cuenta de que ciertos personajes aparecen en varios de sus libros, habitando de esa forma un espacio narrativo muy bien definido que, además de El Salvador, incluye sobre todo a México, Honduras y Guatemala. En cuanto al tiempo, si consideramos todas las novelas como un corpus, puede decirse que la fábula se extiende desde los años cuarenta del siglo XX, donde se recrean los últimos días en que el dictador salvadoreño Maximiliano Hernández Martínez estuvo en el poder, hasta los primeros años de la posguerra en Centroamérica.

Como preludeo a su ensayo sobre la novela *La sirvienta y el luchador* (2011), Misha Kokotovic propone que la obra de Castellanos Moya puede dividirse en dos ciclos. El primero sería el que aborda el tema de la posguerra, a través del “monólogo incesante de un narrador que sirve para expresar la desilusión y criticar la corrupción y la violencia” (135), donde entrarían las novelas *El asco* (1997), *La diabla en el espejo* (2000), *El arma en el hombre* (2001) e *Insensatez* (2004). Por su parte, el segundo ciclo es el que trata de la familia Aragón –que tiene rasgos de la familia del escritor–, y comprende *Donde no estén ustedes* (2003), *Desmoronamiento* (2006), *Tirana memoria* (2008) y *La sirvienta y el luchador*. La última novela de Castellanos Moya publicada hasta el momento, *El sueño del retorno* (2013), trata igualmente de la familia Aragón, pero por ser una narración en primera persona se asemejaría más a las novelas del primer ciclo.

En el prólogo, los editores apuntan que *La diáspora* (1989) y *Baile con serpientes* (1996), las primeras novelas del autor, también pertenecen al primer ciclo. En cuanto a esto,

es bueno recordar que la primera de ellas no trata de la posguerra, sino del momento de crisis que sufrió el movimiento guerrillero salvadoreño cuando dos de sus máximos líderes –la comandante Ana María y el comandante Marcial– murieron en circunstancias aún no aclaradas a principios de los años ochenta. La segunda sí trata de la posguerra, pero la voz narrativa en tercera persona y la aproximación al género fantástico, con serpientes humanizadas y un personaje que se transforma en otra persona, la diferencian de los posteriores monólogos de la posguerra. Aparte de esto, la división parece bastante acertada y sirve para tener una idea general de la obra de Castellanos Moya y ver con claridad ciertas líneas narrativas que la atraviesan.

Varias de las novelas son analizadas con profundidad desde diferentes perspectivas y resulta imposible mencionar aquí los detalles de cada uno de los ensayos. Me conformaré por ello con poner de relieve los puntos que podrían ser de especial interés para un estudioso de la obra moyana, sin detenerme en datos biográficos del autor y el argumento de las obras.

El libro está dividido en cuatro capítulos, donde los artículos se organizan según los siguientes temas: intertextualidad, testimonio, sociedad y exilio. El primer capítulo consta de tres ensayos y se titula “Lectura e intertextualidad: Castellanos Moya ante el espejo literario”. Daniel Quirós analiza la relación entre *El asco. Thomas Bernhard en San Salvador* y la obra de Thomas Bernhard, tras lo cual sostiene que dicha intertextualidad pone de manifiesto las desigualdades de la literatura a nivel global. La apropiación de Bernhard por parte del salvadoreño funcionaría como una crítica a esas asimétricas relaciones de poder, que tienen que ver con el mercado, al comparar una novela centroamericana con la obra de un europeo.

La relación entre lo local y lo global también es examinada en el segundo trabajo, donde Cristina Carrasco argumenta que la obra de Castellanos Moya no ha sido leída como se debe en España, pues ha sido exotizada por críticos y editores, en una clara actitud neocolonial que sustituye el mágico Macondo por una corrupta y putrefacta Centroamérica. El artículo es un buen aporte desde el campo de la recepción, pues es interesante saber cómo se entiende la literatura salvadoreña en otros países. No obstante, llama un poco la atención que se hable reiteradamente de una “deslectura” (53) en España, ya que se puede interpretar como que alguien tiene el privilegio de hacer la lectura correcta.

En el último ensayo de este capítulo, Matthew Richey muestra muy bien que la violencia, en un corpus de cuatro obras de Castellanos Moya, es canalizada a través de los medios de comunicación. Lo que une a estas novelas es el asesinato de Olga María de Trabanino, que funciona como un hilo conductor, y la presencia de dos inefectivos policías y la periodista Rita Mena. La insistencia de los medios de comunicación en los hechos violentos que ocurren en la sociedad crea paranoia en los personajes, sostiene Richey, y la intertextualidad amplifica esta paranoia. El papel de los medios de comunicación es, sin duda, uno de los temas importantes en la narrativa de Horacio Castellanos Moya. Cabe recordar que está presente desde su primera novela, donde llegamos a conocer al periodista oportunista Jorge Kraus y también el trabajo de la agencia de prensa de la guerrilla.

Por otro lado, mucho se ha escrito sobre la literatura testimonial en Centroamérica, y al estudiar una obra como esta, que se ocupa de temas sociales en la región, resulta casi imperativo tomar en cuenta ese estado de la cuestión. El segundo capítulo de la antología, “El testimonio y sus iteraciones: reflexiones ético-literarias”, lo componen precisamente dos ensayos que relacionan sendas novelas de Castellanos Moya con el género testimonial. En el primero, José Juan Colín deja en claro que el monólogo de Robocop en *El arma en el hombre*, si bien parece un testimonio dirigido a un lector confidente, no cumple con dos características básicas del género. Por una parte, se trata del discurso de un personaje individualista, diferente al del “yo” colectivo del relato testimonial. Por otra parte, la intención no es crear conciencia en el lector. Coincido con Colín en que el monólogo de Robocop más bien se asemeja a un reporte militar.

En el otro ensayo, Tiffany D. Creegan Miller sostiene que lo novedoso en *Insensatez* es que la novela explora los efectos psicológicos que sufre el editor del testimonio, algo de lo que pocas veces se habla, como también se muestra la producción del documento. En efecto, todo testimonio pasa por un proceso de redacción, donde pueden ocurrir cambios significativos, lo que en la novela se muestra cuando el editor añade detalles grotescos. Otro aspecto interesante que se aborda en el artículo es el hecho de que no todos los mayas (o indígenas guatemaltecos) de las comunidades que se vieron afectadas por la represión en Guatemala fueron víctimas, como puede dar la impresión al leer ciertos testimonios, pues

algunos de ellos participaron activamente en los actos de violencia mientras otros funcionaron como espías. Huelga mencionar la responsabilidad del ejército guatemalteco en esta perversa práctica.

En el capítulo “Sociedades al borde del precipicio: Centroamérica ante el espejo” encontramos tres ensayos. Kayla Watson presenta primeramente un estudio sobre “la domesticación del neoliberalismo” en *Baile con serpientes* y *La diabla en el espejo*, dos novelas en que los protagonistas mantienen una relación caótica y violenta con el mercado. La investigadora sostiene que Eduardo Sosa, en la primera novela, y Laura Rivera, en la segunda, se transforman “según las normas de la sociedad neoliberal” (122). El primero se apropia de la identidad de don Jacinto, quien habiendo sido contador en jefe de una fábrica ahora vive alcoholizado en un cacharro, acompañado de sus serpientes. Luego, con ayuda de estas mascotas, Sosa se convierte en terrorista y ataca centros comerciales y casas de la clase alta, llamando así la atención de los medios de comunicación. Por su parte, Laura desea obtener el estatus social que tenía su amiga asesinada Olga María, caracterizado por relaciones con políticos poderosos. Al mismo tiempo que lo hacen suyo, ambos protagonistas rechazan el sistema neoliberal, pues al final Sosa decide dejar de ser don Jacinto y Laura disputa las normas tradicionales mediante sus fantasías sexuales.

Misha Kokotovic hace a continuación un exhaustivo análisis de *La sirvienta y el luchador*, que considera la novela más lograda de Castellanos Moya. Parte ingeniosamente del epígrafe, de donde extrae el concepto “el tiempo malo”, que luego aplica a la época que se recrea en la novela. No son las instituciones políticas ni las estructuras sociales lo que es malo, señala, sino el tiempo, en el que los personajes están atrapados. El Vikingo es uno de ellos, un torturador que está ahí sin saber bien por qué. Esta conclusión invita a la reflexión, pues nos recuerda que los asesinos son personas comunes y corrientes, que no siempre actúan por defender una ideología. Otro aspecto importante, resaltado por Kokotovic, es que los hechos se narran desde el punto de vista de las clases populares —el Vikingo, la sirvienta María Elena, su hija Belka y el nieto Joselito—, y no desde la perspectiva de la acomodada familia Aragón.

El capítulo cierra con un ensayo en que Albrecht Buschmann y María Teresa Laorden muestran cómo se da la desintegración familiar en el ciclo de novelas que tratan de la familia Aragón. Después de definir el concepto de *familia*, partiendo de Lévi-Strauss y de Bourdieu, los investigadores argumentan que la historia familiar de los Aragón es incompleta, como la historia de Centroamérica, pues entre otras cosas no se puede confiar en los narradores subjetivos que la cuentan. En lo que respecta a la familia de la sirvienta María Elena, se presentan insalvables conflictos generacionales, y al final Joselito daña a su abuela y probablemente mata a su propia madre en un ataque guerrillero. Hay que agregar que estas dos familias están unidas por la sangre, pues el padre furtivo de la hija de la sirvienta es Clemente Aragón, lo cual se ha mantenido siempre en secreto.

Las relaciones familiares, la perspectiva de clase y el papel de los medios de comunicación en la sociedad son algunos de los muchos aspectos interesantes que se pueden explorar más a fondo en la narrativa de Horacio Castellanos Moya, como lo demuestran los trabajos mencionados hasta el momento.

Para finalizar, la antología entra en un terreno donde se vuelve tentador comparar la ficción con la biografía del autor, en el capítulo denominado “Imagen y realidad: la poética del exilio”. Carlos Abreu Mendoza hace referencia a la automitografía del escritor, es decir, la imagen que Castellanos Moya ha creado de sí mismo al expresarse en entrevistas o conferencias: “un escritor perteneciente a una generación marcada por la violencia y el exilio” (165). A continuación, explica que sus novelas tienen elementos del género confesional, que no hay que confundir con “testimonial”. La literatura centroamericana tiene sus rasgos, que hay buscar en el tradicional compromiso político, sin duda, pero Castellanos Moya se aparta conscientemente de ellos, por lo que desmitifica la figura del autor. El narrador de su universo ficcional es incapaz de sacrificarse por una causa, no siente nostalgia por su país y está paralizado ante una siniestra realidad.

Algo similar apunta Francisco Brignole en el último ensayo de la colección, donde parte de la premisa de que la narrativa del exilio ha sido maniquea y ha creado construcciones míticas del exiliado. Con Castellanos Moya se deconstruye totalmente esta imagen, como también los discursos de la nación y los derechos humanos. El redactor del testimonio en

Insensatez es un hipócrita intelectual exiliado; Albertico regresa a El Salvador a que lo maten, no porque sea un héroe, sino por pendejo, y, el retorno de Erasmo Aragón –un *alter ego* del escritor–, que pretende curarse de sus males regresando al terruño, no es más que una parodia.

La inclusión de las palabras de aceptación del Premio Manuel Rojas, premio que se le ha concedido en otras ediciones a Rubem Fonseca, Ricardo Piglia, Margo Glantz y César Aira, cierra el volumen. Una decisión acertada de los editores que permite que los lectores regresemos al autor y a su muy personal narración de su trayectoria como escritor.

Caña Jiménez, María del Carmen, y Vinodh Venkatesh, eds. *Horacio Castellanos Moya. El diablo en el espejo*.

Valencia: Albatros Ediciones, 2016. 211 págs.